

MANUEL MOYA

COLIBRÍ CON HIELO



Macleín *y* Parker

Primera edición

Mayo de 2019

Del texto

© Manuel Moya, 2019

De la portada

© Vera Cid, 2019

www.vedesignart.com

De esta edición

© Macleín y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-120198-3-4

Depósito Legal: SE-930-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*Como este infante que alourado dorme
Fui. Hoje sei que há morte.*

R. REIS

Les portes du paradis ne s'ouvrent que de l'enfer.

L. RETOUR

How well the flame ignites on dry straw.

C. TOMLISON

Dejé la bolsa en el suelo y por primera vez en mucho tiempo me sentí a salvo y en casa, aunque con la desazón del que cada noche ha de volver a la carnicería y todo lo encuentra perdido de vísceras y sangre. Porque no parecía sino que un ángel infernal se hubiera dejado sus alas al volar por el apartamento. Plantas tronchadas, hojas secas, tiestos arrumbados por el parqué, cristales rotos, un olor insufrible a compresas y patatas podridas... Hasta Affra había perdido ya toda esperanza. Durante los dos últimos meses, logró sobrevivir gracias a las inmundicias que fue desparramando por el estudio, así que, al escuchar la llave, debió creer que por fin aparecían los empleados del zoo.

Un momento antes, al abrir el buzón, supe que el milagro que secretamente esperaba se había esfumado. Su carta, sellada en Curaçao, corroboraba todos mis temores y al mismo tiempo me colmaba de alivio. Por eso subí las escaleras y abrí la puerta; por eso dejé la maleta en el suelo con el desasosiego de quien abandona su propio corazón en la moqueta, por eso solo después de echar un trago de agua, abrir las ventanas, colocar la bicicleta de Blanche —¡de Blanche!— en el rellano, enchufar el frigorífico y aclararme

la garganta, me decidí a rasgar el sobre. Su contenido, que conocía de antemano, me devolvió el asco hacia todo lo que me rodeaba. De ahí que después de sostener la carta en mi mano, intentando inyectarle telepáticamente toda la rabia que su autora me inspiraba (o todo el horror que me inspiraba yo mismo), la estrujé hasta dejarla reducida a una bola de papel del tamaño de una mandarina. Pero ¿qué era lo que apretaba contra mi mano? ¿A quién quería estrangular? Impotente, deprimido, acabé arrojando la carta a Affra, mi iguana, que primero la observó con curiosidad, como dudando, para luego, en cuanto me retiré, masticarla sin ganas, al tiempo que me vigilaba con ojos no sé si de complicidad o de rabia.

Blanche fue, desde el principio, el eslabón más débil de una cadena que cada día procuré repasar para no volver a caer al fondo del mar de los sargazos, del que tanto me había costado salir tras la estampida de Carlota. Aunque desde su primera traición pusiera todos mis esfuerzos en olvidar lo pasado, aunque empeñáramos todas nuestras fuerzas en zurcir las heridas y buscáramos en la construcción de un paraíso —¡Dios, de un paraíso!— protección frente a los señuelos del mundo, nuestro final era un capítulo anunciado. Pero entonces la figura de Blanche era un penacho de nubes deshaciéndose en el cielo... y yo, de nuevo en casa, seguía siendo un extranjero que se asoma a la ventana del apartamento con la sensación de quien sale del quirófano sin dolor, sí, pero con un riñón de menos.

Las facturas del hotel que extendí sobre la mesa me traían a la memoria la ciudad en la que había permanecido

durante los dos últimos meses, pero de la que solo recordaba la terraza un poco destartalada del café Baba, con sus arcos morunos y sus fantásticas vistas de las azoteas de la medina, una noche de *majoun*, una primera edición anotada con crueldad de *The Great Gatsby*, las costas españolas levemente punteadas de luciérnagas a través de mi habitación del Hotel Rif y una mujer eternamente sonriente que canturreaba canciones indescifrables al otro lado de la mampara del baño, mientras caía el agua y yo trataba de recomponer mi rostro, desfigurado por el vaho del espejo y porque sobre mi conciencia sobrevolaban, como pobres buitres disecados, dos cadáveres. Pero ahora tocaba empezar de nuevo, como había hecho tantas veces. Por eso, la carta de Blanche y media docena de llamadas perdidas parecían surgir de un tiempo extraviado y vacante. Las llamadas no me interesaban, y la carta servía de comida a Affra, que quizás masticara en ella, no el papel, sino el aire dulzón y la luz pastosa de su isla.

WILLEMSTAD-OTROBANDA,
SEBASTOPOL STRAAT
CURAZAO

Mi Querido Gerard,

Disculpa mi inglés porque sé que no es bueno. Hoy te escribo con el corazón. Estoy en Curazao desde hace una semana. Creo que te debo unas palabras por todo lo que has hecho siempre por mí. Después de viajar a Quito he regresado a Curazao, sola. *Je juré, Je ne vais pas pleurer encore plus*. No sé por qué me pasan todas estas cosas.

Será que tengo muy mala suerte, me digo. O *peut-être* mi titubeante y difícil cabeza. Roger y yo marchamos juntos a Quito, como tú sabes. De Ecuador debíamos viajar en bus a Perú, pero eso no ha sido posible. Yo quería a Roger. Mucho. Como tú me querías a mí y yo te he querido alguna vez. Pero todo me sale mal, ¿entiendes? Roger ha desaparecido apenas después de llegar a Quito. No sé qué ha podido suceder, lo juro. La policía dijo que eran los cárteles y yo no entendí nada. Arte, drogas, cosas, han dicho ellos, pero yo no entiendo qué quieren decir con artes y con droga porque nosotros no llevamos nada. Han sido días muy difíciles. Interrogatorios, policías, noches sin dormir, todo muy raro porque nosotros no hicimos nada y quizás confundieron a nosotros con otros, yo no lo sé. El cuerpo de Roger ha aparecido finalmente en una carretera, cerca del volcán Coyambé. Muy lejos. Muy triste. Muy difícil todo. A veces me pregunto si todo no es más que un sueño.

Algunas tardes yo he ido al cementerio de Beth Haim y te recuerdo a ti y a nuestra isla y pienso que nosotros no hemos podido ser felices de la manera que puede ser feliz todo el mundo, *par inadvertance*, sin saber que somos felices. Es curioso, ¿no?, que cuando nuestra representación del paraíso (gracias por intentar salvarme con la isla) está muy completa, nosotros comenzamos a hacernos *beaucoup questionnement*, y descubrimos la *mensonge* del paraíso. Finalmente, *Je tiens à vous fatiguer avec plus de questions non sense* o ninguno es nada hoy, ¿no es cierto? Yo quiero decir que *encore* recuerdo mis *arrière* junto a ti, tú sentado sobre la silla, escuchando a mí hablar de mi

isla y que quiero ahora recordar con mucha *mélancolie* el parque Monceau, los cementerios y a Affra, nuestra *iguane* (dime cómo está, por favor). Gracias de nuevo.

Escríbeme, por favor.

Nota: De París recuerdo con *mélancolie* la *brouillard*.
No te olvides de mí.

Blanche